

EL MUNDO DEL LIBRO DESDE LAS ESCRITURAS PÚBLICAS NOTARIALES: BALTASAR GUTIÉRREZ¹

El 21 de octubre de 1577, Alonso Pérez de Salazar, teniente de corregidor de la Villa y Corte de Su Majestad Felipe II, cursa las diligencias oportunas para que se realice un inventario de los bienes de Baltasar Gutiérrez, librero, a petición del albacea de su mujer, que acababa de fallecer. Se inicia así uno de tantos procesos legales que recogen los documentos conservados en el *Archivo Histórico de Protocolos* de Madrid, fuente de la información que nos proponemos ofrecer en el presente estudio. Como es sabido, el mencionado archivo guarda los documentos protocolizados, es decir autenticados, por los escribanos —notarios de la época— que reflejan todas las actividades reglamentadas que tenían lugar en la Villa. De la compra de un esclavo, el reconocimiento de autorías y paternidades de obras, el acuerdo de una dote, o un testamento quedaba consignación por escrito a través de estas actas. En el caso de nuestro librero el carácter de la documentación no es del todo privada pues se pide la intervención de la justicia, como veremos más adelante.

* * *

¹ Como grupo investigador, bajo la dirección de la profesora Dolores Noguera, venimos trabajando en el *Archivo Histórico de Protocolos* de Madrid desde hace tres años, con el propósito de intentar reconstruir la vida cultural del Madrid de la segunda mitad del siglo XVI. Durante el período en que se elaboró este trabajo y se presentó como ponencia, el doctor Mariano de la Campa disfrutó de una beca posdoctoral otorgada por la Fundación Caja de Madrid.

Antes de pasar a comentar los avatares de este personaje, contextualicemos nuestro trabajo.

Existe un desarrollo desigual, según las zonas geográficas, del comercio del libro y de la actividad editorial. En la primera mitad del XVI, los talleres tipográficos más importantes y numerosos de la Corona de Castilla se localizaban en Sevilla, alimentados por la actividad político-administrativa americana², y en las ciudades univesitarias de Salamanca y Alcalá de Henares. A ellos venía a sumarse otro centro que completaba el panorama: Medina del Campo³. En cuanto a los libreros madrileños es poco lo que sabemos para la primera mitad del siglo. Conservamos documentos de Juan de Medina y Alonso Calleja desde los años 1540, pero, sin duda, debieron existir libreros «andantes» o «ambulantes» que mantuvieron vivo el comercio del libro.

Con el nacimiento de la capitalidad, en 1561, Madrid adquiere un progresivo auge en este ámbito, puesto que el proceso de conversión de una villa en capital imperial lleva aparejadas múltiples transformaciones de las que el mundo del libro no queda exento.

Recordemos que el libro representa una realidad multiforme que se puede estudiar desde distintos puntos de vista. Nosotros abordaremos el proceso de comercialización del libro en la segunda mitad del siglo XVI, que no siempre ha sido debidamente estudiado. La investigación literaria a menudo pasa por alto los aspectos materiales del libro —composición física, impresión, trasiego comercial— cuando los avatares que sufre una obra desde que sale de la pluma de su autor hasta que llega al lector pueden ser decisivos para el completo conocimiento de ésta.

Algunos de estos aspectos han recibido particular atención por parte de la crítica, como la fundamental aportación que hace el profesor Moll al conocimiento de la imprenta y la edición, especialmente en el siglo XVII. Pocos investigadores se han adentrado en el estudio de estas materias en el Madrid de fines del siglo XVI. Pérez Pastor⁴ realizó una ingente labor de recopilación de documentos en los archivos madrileños a comienzos del presente siglo. Posterior-

² La hegemonía de estos centros podría deberse a la concesión de ciertos monopolios otorgados por la Corona —como el de los Cromberger en Sevilla para la impresión y exportación al Nuevo Continente— o a las exenciones de tributos derivadas de las Cortes de Toledo de 1480, según apunta Anastasio Rojo Vega, “Los grandes libreros españoles del siglo XVI y América”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 500 (1992), 115-6.

³ Anastasio Rojo Vega, *Ibid.*, 116.

⁴ Cristóbal Pérez Pastor, “Impresores y libreros de Madrid. Documentos referentes a ellos” y “Noticias de impresores y libreros de Madrid. Sección segunda”, *Memorias de la Real Academia Española*, tomo XIII, Madrid: Tip. de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1926, 191-412 y 413-91.

mente, Matilla Tascón⁵ y Agulló y Cobo⁶ han centrado su trabajo en esta área desde diferentes puntos de vista. Nuestra aproximación, alejándonos de calas puntuales, nace de un vaciado cronológico, sistemático y riguroso de las escribanías madrileñas, desde 1550 hasta 1600, para reconstruir y ajustar los diferentes aspectos que forman una realidad tan heterogénea y diversa como es el libro.

* * *

Trabajaremos ahora con un corpus documental de treinta escrituras, de cuyo contenido extraemos los siguientes datos: el 21 de octubre de 1577, Bartolomé de Pradera, secretario del crimen, solicita autorización, como albacea, a Alonso Pérez de Salazar, teniente de corregidor de la Villa, para hacer un inventario de los bienes de Baltasar Gutiérrez, librero, puesto que su mujer, Urbana de Espinosa, ha muerto, y el mencionado librero no aparece. El teniente de corregidor da la orden a los alguaciles para que abran la casa, arcas, tienda y lo que fuera necesario para inventariar todos los bienes por si hubiera que embargar. Sigue a estos prolegómenos un inventario de veinticinco folios en el que se incluyen las pertenencias, entre ellas los libros, almacenadas en la «casa-tienda de librería». La siguiente escritura, firmada por Mari Álvarez, criada de Baltasar Gutiérrez y Urbana de Espinosa, recoge una reclamación ante el mismo teniente de corregidor para que le sea devuelta un arca que permanece en la casa de su antigua señora, y que los albaceas no le quieren facilitar. El proceso se completa y enriquece con otro inventario de treinta y nueve folios de los bienes que Baltasar Gutiérrez tenía en su cajón de Palacio, que no era otra cosa que un puesto de librería instalado en uno de los patios del Alcázar de los Austrias. Acompañando a este último inventario encontramos las reclamaciones de Esteban Romo, alguacil, Juan Ortiz Fernández, escribano, Bartolomé del Portillo, cerrajero y Antonio García, librero, para que se les paguen los cuatro días y medio que invirtieron en inventariar todos los bienes. El alguacil solicita que su sueldo sea obtenido de la venta, mediante pregón público, de algunos de los bienes de

⁵ Antonio Matilla Tascón, "Algunas escrituras relativas a autores y libros en la documentación notarial de Madrid", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXVI (1996), Madrid: CSIC, 269-300.

⁶ Mercedes Agulló y Cobo, artículos sobre impresores y libreros madrileños de los siglos XVI y XVII, publicados en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*: I (1966), 169-208, II (1967), 175-213, II (1968), 81-116, VIII (1972), 159-92, IX (1973), 127-72 y X (1974), 155-69. Además, su tesis doctoral (Madrid: Universidad Complutense, Facultad de Geografía e Historia, 1991), versa igualmente sobre impresores y libreros en Madrid, en los siglos XVI-XVIII.

Contamos asimismo, desde el año pasado, con la obra de Juan Delgado *Diccionario de impresores de los siglos XV a XVII*, Colección *Instrumenta Bibliologica*, Madrid: Arco Libros, 1996, 2 vols., reseñada en este mismo volumen.

Baltasar Gutiérrez. Así se hace y queda constancia en el acuse de recibo de los interesados. El conjunto se cierra con el jugoso documento que contiene la reclamación de Francisco Cabezas de Mena, ayuda de limosnero de su magestad, para que se le devuelvan unos libros impresos que dejó en depósito a nuestro librero.

Si nos acercamos al término «librero», desde la perspectiva clásica de la segunda mitad del siglo XVI, comprobamos que le corresponden diferentes conceptos llamativamente distintos al sentido moderno. Por un lado el librero era el pequeño comerciante que arriesgaba capital, comprando libros en diferentes lugares para proceder a su venta puntual; además, está el librero como vendedor que guarda en depósito cuerpos de libros que un intermediario le cede para su venta; y también el librero-encuadernador, que tiene conocimientos básicos del arte de la encuadernación⁷.

Asimismo, según avanza el siglo, tenemos testimonios de que la fusión que se establece entre las profesiones de librero y de impresor es cada vez más frecuente. Lo mismo sucede con las tareas de librero y editor, ya que esta última profesión no se encuentra de manera independiente hasta el siglo XIX⁸.

Además, el librero puede desempeñar una labor itinerante, esto es, ser un librero andante en feria o andante en corte⁹, como es el caso de Francisco López, yerno de Juan de Medina, iniciador de una importante saga de libreros madrileños, de los que poseemos abundante documentación. También, existe el librero con tienda fija en algún punto de la Villa. Conforme avanza el siglo XVI y sobre todo ya en el siglo XVII, su carácter ambulante se irá transformando en fijo. Para esta segunda mitad del siglo XVI se han contabilizado en Madrid, aproximadamente, un centenar de libreros de los cuales, una buena parte, tenía ubicada su tienda de librería en el eje que discurría desde la calle de Santiago hasta la Puerta de Guadalajara, y desde ésta, por la calle Mayor, hasta la Puerta del Sol, donde se situaban las covachuelas del Monasterio de San Felipe el Real. Aparte, existían los ya mencionados cajones situados en el patio grande del Alcázar.

La documentación nos permite insertar a nuestro librero dentro de los parámetros establecidos en la complicada esfera que envuelve el universo del libro. Baltasar Gutiérrez ejercía su actividad en dos puntos de la Villa: además de su cajón en el

⁷ Jaime Moll escribe que los libreros en el siglo XVI no cobraban una elevada comisión por la venta de libros litúrgicos, pero podían aumentar sus ganancias gracias a la encuadernación de dichos libros. Jaime Moll, "Plantino, los Junta y el 'privilegio' del Nuevo rezado", *Simposio Internacional sobre Cristóbal Plantino*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1990, 16.

⁸ Jaime Moll, *Aspectos de la librería madrileña en el Siglo de Oro*, Madrid: Comunidad de Madrid, 1985, 15.

⁹ Francisco Vindel establece una equivalencia entre ser librero andante en corte y estar establecido en uno de los cajones del Palacio Real en: *El librero español. Su labor cultural y bibliográfica en España desde el siglo XV hasta nuestros días*, Madrid: Góngora, 1934, 14.

patio del Alcázar, poseía otro establecimiento que, si bien no aparece explícitamente ubicado en nuestro documento de 1577 (en el primer inventario de la casa y tienda no se especifica su ubicación), sí lo está en una carta de obligación de 1589, en «la Puerta del Sol frontero del Monasterio de San Felipe»¹⁰. Tal vez Baltasar Gutiérrez ya ejerciera su actividad en este punto doce años antes.

Baltasar Gutiérrez cubre además el espacio de librero-depositario de cuerpos de libros que se obliga a venderlos según se especifica en el siguiente documento que extractamos: Francisco de las Cabezas de Mena, ayuda de limosnero de su majestad, firma «en la villa de Madrid a 26 días del mes de octubre de 1577 años», una escritura de reconocimiento y solicitud de justicia en la que dice que «Ambrosio de Morales, coronista de su magestad» deja en su poder «ciertos libros impresos de la Ystoria de España», continuación de la del maestro Florián de Ocampo, para que se los dé a algunas personas y los vendan; y así dice Francisco de las Cabezas de Mena: «los quales di y entregué doze de los dichos libros a Baltasar Gutiérrez, librero, que tenía tienda debajo de los portales de palacio de su Magestad desta villa para que los bendiese y me pagase su precio, dándole real y medio de cada vno que bendiese por su trauajo».

La reclamación presentada por Francisco Cabezas de Mena nos permite corroborar que el librero no era siempre propietario de toda la mercancía que almacenaba en su tienda. La cédula que Baltasar Gutiérrez había firmado tres meses antes reafirma esta idea:

Digo yo, Balthasar Gutiérrez, que r[ecib]o de Francisco de Mena doze libros de la Ystoria que continúa Anbrosio de Morales ques el libro undecimo y duodecimo, y las Antigüedades. Los siete dellos encuadernados en pergamino y los cinco en papel, los quales yo he de vender los encuadernados a v[ei]nte reales e un quartillo y los en papel a diez e ocho rreales. E de cada uno dellos se me a de dar por my trauajo real y m[edi]o. E por esta me obligo de dar los dineros o libros quando el dicho Francisco de Mena me los pidiere, pagándome my trauaxo conforme a este concierto. En Madrid, doze de jullio, los 77 años. Baltasar Gutierrez [rúbrica]

Ante la desaparición de Baltasar Gutiérrez, Cabezas de Mena pide a Alonso Pérez de Salazar, teniente de corregidor de la villa, que un alguacil compruebe, a partir del inventario que se está realizando, si los mencionados libros aún permanecen en la librería. En caso contrario, solicita que, mediante el embargo de los bienes de Baltasar Gutiérrez, le sea reintegrado su dinero. Además de estos requerimientos, Cabezas de Mena exige que se prohíba la venta de los libros a

¹⁰ Francisco Martín, 1589, protocolo 425, f. 11-2.

cualquier persona que no sea él, el propio Ambrosio de Morales o a quien este último autorizase.

No es de extrañar que el autor, Ambrosio de Morales, estuviera preocupado por la suerte que hubiera podido correr una obra en la que tanto empeño había puesto. Si tenemos en cuenta que la tasa de las *Antigüedades* y el tomo segundo de la *Corónica*, es decir, la Historia de España, es de 10 de junio, y la cédula está fechada un mes después, la desaparición de Baltasar Gutiérrez suponía una importante traba para la distribución de este libro que acababa de ofrecerse al público¹¹.

Las acciones emprendidas por el acreedor nos hacen suponer, en primer lugar, que este tipo de procesos legales, en los que se veían involucradas terceras personas, debían de hacerse públicos; y en segundo término, nos permiten cuestionar la honestidad de nuestro librero.

Baltasar Gutiérrez acepta mercancía para vender, con instrucciones muy concretas sobre el precio, basadas en las características de la encuadernación. Este criterio, establecido en el contrato previo, encarecía o abarataba el precio de los libros, en función de las particularidades y el trabajo que ofrecía preparar cuadernillos en un volumen. Evidentemente la manera más costosa de encuadernar era la que requería la labor de un artesano encuadernador que cosía, ajustaba cantos, prensaba, encolaba, ponía hojas de guarda, y forraba con piel de res el cuerpo del libro, grabando en el lomo el título; mientras que resultaban más económicos aquellos que iban «en papel» es decir, los libros formados por cuadernillos cosidos en «cosedor» o «bastidor» y que no requerían los primores de un especialista. Esta última forma de preparar un volumen resultaba una práctica habitual para un librero. Así vemos como en el primer inventario que se realiza a Baltasar Gutiérrez el 21 de octubre, el alguacil enumera los utensilios propios del encuadernador principiante, de aquel que es capaz de apanar un bloque de cuadernillos formados por hojas embutidas: «vna prensa / vna cuchilla / vn maço de yero / dos pares de tigeras / vn caço de cola / vna cesta con obleas / [...] / vn cosedor»¹². Nuestro «librero-encuadernador» parece que era capaz de

¹¹ Los cinco libros (libros 6° a 10°) de la *Coronica* de Ambrosio de Morales, continuación de los de Ocampo (libros 1° a 5°), estaban escritos en 1573 junto con las *Antigüedades* (libros 11° y 12°). El Consejo le dio licencia para la impresión a 8 de agosto de 1573 y el rey privilegio por 10 años desde el 29 del mismo mes. El primer tomo de la *Coronica*, impreso en setiembre de 1574 en Alcalá de Henares por Juan Íñiguez de Lequerica, lleva firma de la tasa a día 28. El libro de las *Antigüedades* se imprimió en 1575, pero no se publicó hasta acabado el tomo segundo de la *Coronica*, que fue en abril de 1577 y se tasaron en 10 de junio los dos tomos de *Antigüedades* y *Coronica*. Escribió cinco libros más (libros 13° a 17°). Esta parte de la *Coronica* la empezó en Alcalá y tardó diez años en terminarla (el 21 de marzo de 1583, a los 70 años de edad), “Noticias de la vida del coronista Ambrosio de Morales sacadas en la mayor parte de sus obras”, *Coronica General de España que continuaba Ambrosio de Morales, Coronista del Rey Nuestro Señor don Felipe II*. Tomo III. En Madrid, en la oficina de don Benito Cano. Año de 1791.

¹² Prot 940, s. f.

elaborar la encuadernación más primaria, unir a través de la costura española con cordel series de obleas embutidas unas en otras hasta formar cuadernillos, que ya han sido prensados y cosidos en un cosedor, golpeando con el mazo lo que después será el lomo para disminuir el grosor del libro, y encolarlo y rematar los cantos con la cuchilla, rejón, o guillotinar en términos modernos. El quehacer más especializado lo enviaba a un artesano encuadernador como se deduce del «memorial de libros que tiene a encuadernar Melchor Ramírez de Baltasar Gutiérrez»¹³, uno de los papeles citados en este primer inventario.

De la posibilidad de que el librero se haya quedado con los libros o con el dinero de su venta —en ninguno de los inventarios hemos localizado estos volúmenes— se desprende que su valor debía de ser considerable. Si hacia 1600 el salario mensual medio de un oficial era de casi 92 reales, o el arriendo de una casa costaba 25 reales¹⁴ al mes, los 20 reales que costaba esta *Historia de España* de Ambrosio de Morales limitaban su venta a un sector de la población con alto poder adquisitivo. La oferta comercial de la época, como decíamos, incluía la opción de prescindir del encarecimiento que supone la encuadernación: 20 reales y un cuartillo encuadernado, 18 reales «en papel». Aunque la carestía del libro es relativa si tenemos en cuenta que de estos 20 reales, que son los que recibe Francisco de las Cabezas de Mena, el ayuda de limosnero, éste tendrá que dar parte (1 real y medio) al librero-vendedor por su trabajo, y al autor por la creación, lo que quede será probablemente para limosnas piadosas. Recordemos el origen del teatro español en los corrales: Ayuntamiento —«autor de comedias»— Cofradías piadosas. En la documentación en torno al mundo del teatro también se encuentran este tipo de procesos legales derivados del incumplimiento de contratos y acuerdos. Del mismo modo que los actores, una vez saldados sus deudas, reaparecen en escena, volvemos a encontrar a Baltasar Gutiérrez, en 1589, ejerciendo de librero en su tienda de la Puerta del Sol, en épocas más esplendorosas económicamente.

En una de tantas obligaciones sobre los libros del Nuevo rezado, nuestro librero invertía su capital en libros religiosos. La inversión en estos casos tenía ganancia segura, puesto que la política de fe de Felipe II garantizaba la venta de misales, catecismos, breviarios, libros de meditación, recopilaciones sacras, sermones, confesionarios y un largo etcétera. No en vano se mandaron a las Indias cajas repletas de material para la evangelización, como queda constancia en documentación que hemos encontrado en el *Archivo Histórico de Protocolos* de Madrid, y no en vano una gran parte de los más de 5.000 libros que hemos contabilizado en nuestros dos inventarios son de temática religiosa: «... arte para

¹³ Prot 940, s. f.

¹⁴ Pablo Jauralde, James O. Crosby, *Quevedo y su familia*, Madrid: Edad de Oro, UAM, 1992, 397-9.

servir a Dios, disputas contra Lutero, reglas de frailes menores, ymagen de la vida christiana, suma angelical, un catassismo de el papa, perdones de la Santísima Trinidad, catecismos de Orozco, contentus mundi, un concilio tridentino, un examen de conzienzia, unas oras de pergamino dorado, un vocabulario eclesiástico, un tratatus sazerdotalis viejo, un misal de Ziruelo, un briuiario romano viejo, un vocabulario de teoloxía, un diurnal viejo, un ofizio de nuestra señora, un Comentario sobre génesis, dos misales viejos ...»; le siguen en importancia obras de autores clásicos, ya en lengua original, ya traducidas en lengua romance: «... un cuerpo de epístolas de Cizerón, unas fábulas d'Ysopo, Quintiliano con cumentí, un Obidio de metamorfosis, un Demóstenes en griego, unas epístolas de Tulio romance y latín, un cuerpo de amatoria de Obidio de Ars amandi, un cuerpo de obras de Ypócrates, un Tito Libio, una lógica de Aristóteles, unas obras de Plutarco en griego, una Eliada de Omero, un Virgilio romance ...»; le siguen libros de derecho: «... un fuero real de España, unas leyes del reyno, un cuerpo de ordenanzas reales, un cuerpo de premáticas del reino, las partidas en glosa ...»; y, en número mucho menor, libros de medicina, de arquitectura, de música y, finalmente, libros de entretenimiento, donde se hallan los literarios en número muy reducido: catorce ejemplares de *Celestina*, nueve ejemplares de Boscán, dos de *Orlando furioso*, dos de las *Epístolas* de Guevara, un *Cortesano*, «una nobela justina» (no *La pícara Justina*, cuya primera edición es de 1605), un *Oliveros de Castilla*.

La riqueza de títulos y abundancia de libros no permite ahora hacer una identificación de cada uno de ellos, ni es el objeto de esta comunicación, únicamente hemos querido mostrar de manera ilustrativa cómo era el fondo que tenía almacenado nuestro librero.

Frente a la estricta reglamentación que marcaba el funcionamiento del gremio de libreros en Barcelona, desde 1446¹⁵, en Madrid no ha podido documentarse una asociación gremial, todo lo más un sistema de hermandades vinculadas al desaparecido monasterio de San Basilio y a la parroquia de San Ginés. Sin embargo, la línea de investigación más desarrollada hasta la fecha ha desvelado un entramado de relaciones familiares que permitiría hablar de auténticos clanes de los que nuestro librero no debía ser una excepción. Los Medina, Calleja, Robles, López y Junti emparentaron entre sí manteniéndose, en ocasiones, una familia a través de tres o cuatro generaciones en el negocio del libro.

De manera que el engranaje comercial alrededor del libro está servido. Con palabras actuales: un comerciante que no siempre arriesga capital, que vende por la apariencia cuidada y bella lo que la ideología impone y la sociedad de-

¹⁵ J. A. Castro Fariñas, *El librero y su mundo*, Madrid: Paraninfo, 1963, 38.

manda, un artista-creador y un intermediario con cargo público que gestiona y representa al autor.

* * *

Desentrañar la información que se esconde entre los legajos es un trabajo tan apasionante como arduo. La diversidad de aspectos que se pueden abordar a partir de un solo documento hace difícil restringir el interés a un sólo campo. En el presente estudio nos hemos limitado a extraer una serie de conclusiones a partir de datos legales, pero somos conscientes de que documentos tan ricos como el que ha ocupado esta comunicación ofrecen un amplio abanico de posibilidades temáticas.

MARIANO DE LA CAMPA

DELIA GAVELA

LOLA MONTERO REGUERA

Universidad Autónoma de Madrid